

Ciudades irradiantes, ciudades itinerantes:

TENSIONES DEL DESARROLLO EN EL HABITAR URBANO

RADIANT CITIES, ITINERANT CITIES:

Antagonistic Relations between the Development and the Urban Dynamics

CIDADES IRRADIANTES, CIDADES ITINERANTES:

Tensões de o desenvolvimento no habitar urbano

**Ana Patricia
Noguera-de-Echeverri**

PhD, Magíster. Profesora titular y coordinadora Grupo de Pensamiento Ambiental de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Colombiana. panoguera@gmail.com

**Diana Marcela
Gómez-Sánchez**

Magíster Medio Ambiente y Desarrollo. Joven Investigadora Colciencias 2011-2012. Docente Universidad Católica de Manizales. Colombiana. dianamarcela53@gmail.com

Recibido: 28 de mayo de 2012

Aprobado: 07 de mayo 2013

Resumen

El presente artículo pretende evidenciar las tensiones que surgen entre la planificación urbana y los fenómenos sociales, cuando esta se desarrolla de manera desarticulada a sus realidades cotidianas. Se plantea dicha tensión a partir de dos metáforas: la mirada irradiante: planificación, y la mirada itinerante: realidad social, que se relacionan con acontecimientos específicos de diferentes ciudades. Se plantea también que este tipo de tensiones se generan cuando la planificación se encuentra ligada a los paradigmas del desarrollo basado en el crecimiento y la explotación de la vida.

Estos argumentos tienen como soporte diferentes investigaciones llevadas a cabo desde 1992 en el grupo de investigación en Pensamiento Ambiental de la Universidad Nacional de Colombia. Como caso concreto se toma una investigación desarrollada en el período 2011- 2012, con el apoyo de Colciencias, la cual tuvo como contexto específico la ciudad de Manizales. En esta se abordaron las dimensiones de lo irradiante y lo itinerante, en términos de los usos normativos e informales de la calle (Carrera 23 de la ciudad de Manizales).

Palabras clave: mirada irradiante, mirada itinerante, desarrollo, planificación, dinámicas cotidianas, urbano.

Abstract

This article aims to highlight the tensions between urban planning and social phenomena, when developed in a disjointed way their daily realities. This antagonism arises, from two metaphors: the radiant look: Planning and the roving look: social reality, that relate to specific events in different cities. It also proposes that such contradictions are generated when planning is linked to development paradigms based on growth and exploitation of life.

These arguments are supported by various investigations carried out since 1992 in the Research Group on Environmental Thought of Colombian National University. As a particular case, we based in a research conducted in the period 2011 - 2012, with the support of Colciencias, which has its specific context in Manizales city. In this research we studied the two dimensions of the radiant look and itinerant look, in terms of the official uses and informal uses of the street (Carrera 23 of the Manizales city).

Keywords: radiant look, itinerant look, development, planning, daily dynamics, urban.

Resumo

O presente artigo pretende evidenciar as tensões que surgem entre o planejamento urbano e os fenômenos sociais, quando esta se desenvolve de maneira desarticulada a suas realidades cotidianas. Formula-se dita tensão a partir de duas metáforas: a mirada irradiante: planificação, e a mirada itinerante: realidade social, que se relacionam com os acontecimentos específicos de diferentes cidades. Formula-se também que estes tipos de tensões se geram quando a planificação encontra-se ligada a os paradigmas do desenvolvimento baseado no crescimento e a exploração da vida.

Estes argumentos têm como suporte diferentes pesquisas realizadas desde 1992 no grupo de pesquisa em Pensamento Ambiental da Universidade Nacional de Colômbia. Como o caso concreto se toma uma pesquisa desenvolvida no período 2011-2012, com o apoio de Colciencias, a qual teve como contexto específico a cidade de Manizales. Nesta abordara-se as dimensões do irradiante e itinerante, em termos dos usos normativos e informais da rua (Carrera 23 da cidade de Manizales).

Palavras-chave: mirada irradiante, mirada itinerante, desenvolvimento, planificação, dinâmicas cotidianas, urbano.

1. Introducción: ciudad diversa - emergencia de la tierra

Las ciudades son el resultado de las relaciones que las sociedades humanas establecen en y con el medio habitado. Ello ha sido posible gracias a que la evolución biológica en el ser humano se ha concretado en la transformación de ese medio, dando lugar a las estructuras técnicas y simbólicas que le dan cimiento a las diversidades culturales y las deferentes dimensiones de aquello que se denomina lo ambiental.

Ana Patricia Noguera-de-Echeverri

Licenciada en Filosofía y Humanidades, Magister en Filosofía, PhD en Filosofía de la Educación y Postdoctorado en Estéticas Ambientales Urbanas. Profesora Titular y Emérita del Departamento de Ciencias Humanas y Coordinadora Grupo de Pensamiento Ambiental de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Manizales. Coordinadora y conferencista de seminarios e investigaciones a nivel nacional e internacional en Pensamiento Ambiental y de la Red Internacional del mismo nombre apoyada por PNUMA - Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales. Ha escrito 22 libros sobre Pensamiento Ambiental, Cultura, Arquitectura, Educación, Ética, Epistemología y Estética.

Diana Marcela Gómez-Sánchez

Profesional en Gestión Cultural y Comunicativa. Magister Medio Ambiente y Desarrollo. Investigadora, Grupo de Pensamiento Ambiental de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Manizales. Docente de tiempo completo, Universidad Católica de Manizales, áreas de Ecología y Educación Ambiental. Docente Invitada Universidad Nacional de Colombia sede Manizales. Tallerista y Coordinadora, procesos de Educación Ambiental Itinerante en territorio rural del municipio de Villamaría (Caldas). Joven Investigadora Colciencias período 2011-2012.

Para ampliar esta premisa, se puede decir, a partir del modelo Ecosistema - Cultura construido por Augusto Ángel Maya (1996), que lo ambiental no se restringe a las funciones biológicas que las especies cumplen dentro de los ecosistemas; implica, desde un sentido más amplio, comprender las leyes ecosistémicas que regulan su comportamiento por medio de relaciones recíprocas de interdependencia. Al interior de los ecosistemas opera un patrón de organización en el que cada especie desempeña una función vital, denominada en los estudios ecológicos como nicho (Ángel, 1996) y que se va a configurar en un eslabón determinante para el equilibrio total de la estructura y la existencia de todos sus miembros. Esta función de nicho, además de contribuir al equilibrio ecosistémico, le permite a las especies adaptarse a un determinado entorno, dotándolo de las características genéticas necesarias para sobrevivir en él.

El ser humano, por el contrario, no se adapta al medio genéticamente a través del nicho, pues posee una estrategia adaptativa diferente a los demás seres: la transformación, con la cual consigue responder a sus necesidades más básicas como el alimento, el abrigo, la protección, y también configurar una estructura simbólica alrededor de estos. Esta estructura es lo que Ángel denomina cultura, entendida como resultado de la evolución humana que le permitió a nuestra especie domesticar los ecosistemas y dirigirlos hacia los diferentes entornos que hoy habitamos.

Esas leyes ecosistémicas y esa construcción cultural definen lo ambiental, en el sentido otorgado por Ángel, quien afirma que este comprende dos órdenes de la naturaleza, uno ecosistémico referente a sus leyes de funcionamiento, interdependencia y equilibrio, y uno cultural que obedece a la transformación de esos ecosistemas por medio de lo que él ha denominado *plataforma instrumental*. Esta no es otra cosa que los diferentes instrumentos que la especie humana ha desarrollado con sus capacidad técnica desde el inicio de su historia evolutiva hasta los tiempos de hoy. La variedad en que esta plataforma técnica se presenta, expresa las diversidades ecosistémicas y culturales de las que somos parte.

La sociedad, entonces, también es naturaleza a partir de su condición cultural, la cual designa mucho más que la reproducción artística, tradicional o literaria. Obedece a la naturaleza con la cual el ser humano logra adaptarse al medio y crear condiciones adecuadas para habitarlo por medio de la técnica y la utilización de instrumentos.

Desde esta perspectiva, las ciudades surgen de esas posibilidades técnicas y se consolidan en expresión concreta de la plataforma instrumental. Por lo tanto se consolidan en espacios existenciales¹ (Norberg-Schulz, 1975) en los cuales la especie humana ha consolidado sus

¹ Christian Norberg-Schulz. Con espacio existencial se refiere principalmente a un conjunto de esquemas que el organismo humano va almacenando y relacionando en la memoria durante las distintas etapas de su desarrollo y que influyen en la percepción de su entorno. Al espacio arquitectónico lo caracteriza como la concretización de

maneras transformativas de habitar la tierra. No son creaciones artificiales desvinculadas de la naturaleza, como se le pudieran considerar desde una mirada reduccionista; por el contrario, designan nuestra propia naturaleza evolutiva y cultural, extensión de los ecosistemas y emergencia misma de la tierra.

En la medida en que los ecosistemas se desplieguen en circunstancias específicas de acuerdo con las diferentes condiciones del entorno –aspecto denominado diversidad biológica–, las culturas buscan adaptarse a esas distintas particularidades y, por lo tanto, también se expresan en diversidad cultural. Las ciudades como plataforma instrumental de esas culturas surgen desde la diferencia, connotando al interior de sus entramados y estructuras las formas de la tierra que les anteceden. Formas telúricas estuvieron allí antes de que el hombre instalara sobre ellas sus moradas, aspecto que carga a la ciudad de un sentido mucho más profundo, como emergencia misma de la tierra y expresión diversa de la cultura, mediante la cual sus habitantes consiguieron adaptarse a las condiciones ecosistémicas y geográficas de un territorio específico, dejando su huella histórica a través del tiempo.

2. Metáforas de la mirada irradiante y la mirada itinerante

La percepción de las diversidades ecosistémicas y culturales anteriormente mencionadas, solo es posible al recorrer los contornos de los cuales surgen. Los estudios etológicos han demostrado que para dar cuenta del comportamiento animal es necesaria una inserción en el entorno que las especies habitan, y en periodos prolongados de tiempo seguir sus recorridos para establecer hipótesis respecto a su conducta. Lo mismo podríamos decir de los estudios antropológicos en su enfoque etnográfico, que buscan una inserción en comunidades específicas, sus hábitos y dinámicas desde el interior de las mismas. Se siguen las líneas más específicas de sus prácticas cotidianas a partir de la práctica misma. El investigador no puede arrojar resultados contundentes con base en la especulación, sino en el ejercicio mismo de la realidad.

Esto implica que la naturaleza no es para nada estática, sino que se dinamiza por constantes movimientos, y son estos los que orientan el curso de su existencia y continuidad en el tiempo. Tanto las especies, como los actores sociales se encuentran en un espacio recorriéndolo, interactuando y en algunos casos modificando su funcionamiento, lo cual solo es posible al interior del mismo. La interdependencia de las especies y la plataforma instrumental –ambas estrategias de adaptación al medio– se

generan en la medida en que hay una interacción ecosistémica; vínculo que se desarrolla en diferentes mecanismos, de acuerdo con las características particulares de cada individuo. La aprensión del espacio por parte de los animales terrestres, por ejemplo, se da por las maneras en que lo transitan agudizando sus sentidos del olfato y el tacto para garantizar la obtención de la presa, mientras que las aves, sobre todo aquellas que tienen un alto desarrollo de la visión lo hacen desde la aprensión del espacio en totalidad. Desde las alturas perciben la presa, su agilidad les permite sobrevolar el entorno y caer en picada sobre el objetivo de su ataque.

Estas dos dimensiones ejemplifican lo que Leroi-Gourham (1971) denomina la mirada *itinerante* (*la serpiente*), consistente en recorrer el espacio geográfico tomando conciencia de él, liberando la imagen del mundo sobre un itinerario, caracterizado por una andar terrestre, y la *mirada irradiante* (*el águila*), que es más estática, cuya percepción del mundo está determinada por una mirada distante y totalizadora². En la especie humana, de acuerdo con el autor, estas dos dimensiones se presentan respectivamente antes y después de la sedentarización. Primero en la percepción sensorial que el nómada recolector y cazador hace del territorio, con sus sentidos agudizados en torno a los factores ecosistémicos. Luego lo hace en el orden espacial que le da a su entorno cuando pasan de ser lugares transitorios para consolidarse en territorios de asiento. Así se evidencia el tránsito de una mirada a la otra. Gourham hace un rastreo de los mitos de cazadores-recolectores, alrededor de los trayectos que se surcan en relación con las posiciones de los astros. Un universo caótico y plagado de monstruos.

Es en el curso de un itinerario que el héroe combate monstruos, regula la posición de las montañas y de los ríos, da a los seres su nombre, transforma por consiguiente el universo en imagen simbólicamente arreglada, asimilable controlable por el hombre (Leroi-Gourham, 1971: 315).

La itinerancia deviene del itinerario que se marca en el espacio para su transformación. Esto implica que el paso de la naturaleza ecosistémica a la naturaleza cultural es equiparable al tránsito entre el espacio itinerante y el espacio irradiante. El espacio caótico circundante, salvaje si se quiere, cuyo recorrido se orienta con el movimiento de los astros y los ritmos de la naturaleza ecosistémica, se configura paulatinamente, en un espacio humanizado, trazado y controlado por los tiempos humanizados. Su objetivo es el acondicionamiento colectivo bajo la dinámica tecno mecánica del espacio humano, del asentamiento colectivo, es decir, de la ciudad. En esta se construye una imagen arquitectónica del mundo (Leroi-Gourham, 1971) que toma como punto de referencia a los astros para así fijarse visualmente como su centro.

estas estructuras –fundamentalmente abstractas– en el ámbito material de la existencia; de este modo distingue siete conceptos de espacio, en orden creciente de abstracción: 1. El espacio pragmático. 2. El espacio perceptivo. 3. El espacio existencial. 4. El espacio cognoscitivo del mundo físico. 5. El espacio expresivo o artístico. El espacio arquitectónico. 6. El espacio estético. 7. El espacio lógico, abstracto de las relaciones lógicas, que ofrece el instrumento para describir los otros espacios.

2 Desde estas categorías conceptuales los dos términos que se mencionaran repetidamente en este escrito, no se toman desde el sentido estricto de su significado oficial, sino desde el enfoque teórico generado por el autor. En este caso el término *Itinerante* va mucho más allá de la definición dada por la Real Academia de la Lengua Española como aquello “Que se desplaza para ejercer una función determinada”, y se orienta desde el sentido dado por Gourham para designar la conciencia sensitiva del espacio que orienta las diferentes maneras de sentirlo, recorrerlo, es decir, habitarlo.

Los diferentes momentos de la historia coinciden en que las colectividades se expresan en símbolos arquitecturales, como respuesta a la necesidad de refugio y protección. De tal manera que después de consolidar dicho espacio humanizado, de carácter irradiante por su control, totalización y apresamiento, ya no hay razón para que se den nuevas búsquedas itinerantes y, por lo tanto, los cambios no se enfocan tanto a su carácter espacial, sino temporal y técnico.

En otras palabras, una vez realizado el plano de las ciudades más antiguas, ya no hay razón para que, a través de la Antigüedad, la Edad media y hasta los tiempos actuales, las grandes líneas de inscripción material de la ciudad sobre el suelo se modifiquen (Leroi-Gourham, 1971: 332).

Dichos cambios se vuelven más contundentes desde finales del siglo XVIII (Leroi-Gourham, 1971) cuando la organización del espacio gira en torno a su industrialización y el espacio humanizado va reduciéndose lentamente a lo que se podría denominar espacio maquinizado. Lo que hasta el momento actual nos viene conduciendo a una adaptación cada vez más distante de lo ecosistémico y más cerca y dependiente de lo instrumental.

3. La ciudad itinerante

Con la *mirada itinerante* se hace referencia a una percepción del mundo a partir de una vía trashumante, recorrer el espacio geográfico tomando conciencia de él, liberando la imagen del mundo sobre un trayecto caracterizado por un andar terrestre. Se comprende esa dimensión de la tierra en expansión, no solo la que corresponde al suelo sólido cultivable sino ella en toda su exuberancia que también es mar, que también es río, que también son los astros influyentes en sus ciclos vitales. Se asocia esta mirada a los recorridos y dinámicas urbanas donde se atraviesan los espacios, se cargan simbólicamente y se constituyen distintas maneras del habitar.

A partir de la itinerancia se pueden identificar diferentes acontecimientos y símbolos de la historia humana en los que dicha condición se vincula directamente con momentos de la ciudad. Desde sus inicios el cazador errante, en disposición de escucha, observación y atención constantes a los acontecimientos cotidianos de la naturaleza, descubre las bondades de la tierra para el cultivo dando un paso trascendental para las sociedades, el tránsito del nomadismo al sedentarismo. En este se consolida el surgimiento de la agricultura, de las sociedades en crecimiento y de las condiciones de vida para que empiecen a surgir las primeras ciudades (Odum, 1995).

Se identifican los territorios más adecuados para instalarse, pero también se puede tener acceso a otros contextos en los que ya se ha configurado otras prácticas del habitar, posibilitando entonces comprenderlas, comunicarlas e intercambiarlas. En el seguimiento de los trayectos cósmicos de los astros, los pri-

meros marinos, como los sumerios, pudieron hacer lectura de los cielos para orientarse por sus coordenadas marítimas a otros territorios y darle inicio al intercambio mercantil, causa importante de los destacados mercados urbanos (Pirenne, 1983).

El navegante debe obtener algunos conocimientos previos de las aguas que surca y los cielos que reflejan para que en intento de escritura guíen sus recorridos, pero lo demás es pura contingencia, abandono al mar y sus misterios en un contacto tan íntimo que pareciera que cuerpo-mar y cuerpo-hombre fueran uno solo, esa dermis de la tierra³. Si la travesía es arrojado, el arribo será puro asombro ante la extrañeza de una nueva tierra, sus pliegues y protuberancias que serán entonces soporte de nuevas escrituras de ella y sobre ella. Nuevos mundos encontrados, nuevos trazos, acontecimientos, relatos y con ellos nuevas ciudades que fundan en la navegación itinerante la posibilidad de intercambio, crecimiento y riqueza en el devenir del mercader errante.

Tomamos aquí como metáfora de la navegación, para hacer mención a un momento histórico de las ciudades, el navegante y aventurero de Venecia, Marco Polo. Al ser hijo de un mercader tuvo esta posibilidad de conocer el mundo por medio de la navegación. Sus relatos se configurarían posteriormente en la primera descripción fidedigna del modo de vida en el Lejano Oriente a la que tuvieron acceso los europeos de aquel momento. Marco Polo no solo proporciona información geográfica de los lugares que transita, sino que hace una descripción itinerante de las diversidades ecosistémicas y culturales.

Marco Polo está al servicio del emperador de los mongoles, El gran Kan quien le encomienda la tarea de recorrer los territorios bajo su poder. Las ciudades que el emperador probablemente nunca pudo conocer aunque fueran de su propio imperio, el navegante las atraviesa, y le permite al primero experimentarlas de manera particular con sus rememoraciones, de tal manera que estas cobran forma y se experimentan en esa capacidad de la memoria. Quien escucha se hace una imagen de las mismas, recrea las ciudades que sabe que posee pero que en su rol de gobernante le eran desconocidas.

A veces me parece que tu voz me llega de lejos, mientras soy prisionero de un presente vistoso e invivible en que todas las formas de convivencia humana han llegado a un extremo de su ciclo y no es posible imaginar qué nuevas formas adoptarán. Y escucho por tu voz las razones invisibles de que vivían las ciudades y por las cuales, quizá, después de muertas, revivirán (Calvino, 1972: 58)⁴.

Las palabras de Marco Polo en el tinte de Ítalo Calvino resuenan como presente continuo que tuvo lugar en el momento histórico de sus navegaciones pero que permanece en un cons-

3 La mención que aquí se hace al cuerpo tiene como antecedente la propuesta estética epistémica-ética-política del grupo de investigación de Pensamiento Ambiental de la Universidad Nacional de Colombia. En sus investigaciones se ha detectado una urgencia por superar el reduccionismo sujeto-objeto de conocimiento, mostrando rutas desde la estética expandida.

4 *Las ciudades invisibles*, de Ítalo Calvino (1972). Esta publicación fue consultada en: <http://es.scribd.com/doc/6636181/Italo-Calvino-Las-Ciudades-Invisibles>

tante acaecimiento, como si las que el mercader veneciano relata en 1298 fueran las mismas ciudades a las que asistimos en tiempos contemporáneos, y le llegan a cada uno de manera diferente, cobrando forma a la manera en que cada cual imagina. De este modo Calvino nos inserta en una serie de lugares que si bien podrían estar haciendo referencia a cualquier ciudad del mundo, lo que busca no es una disposición en el espacio, ni hacer una descripción geográfica fiel a la verdad, sino, por el contrario, tal vez una provocación que a partir de esa aparente ficción conlleve a reconsiderar las ciudades que se habitan en el ahora, en una reivindicación por la ciudad imaginada como acontecimiento existencial de la ciudad real.

De este modo, el navegante Marco Polo nos instala en un espacio habitado, extraño para el Gran Kan. Desde las distancias que en sus consideraciones siempre está poniendo límites no solo geográficos sino también de contacto, el emperador toma lo que es provechoso para el buen gobierno y la conservación de su soberanía, el navegante continúa errando, mientras conoce y describe ese cuerpo de la tierra, mientras se mantiene en dicha condición ondulante, podrá de verdad afectar y ser afectado por sus pieles y encarnar en la propia, las huellas de un tiempo que aunque un poco impregnado por sucesos humanos permanece en el devenir tierra, tiempo de su geografía en el hacerse a la mar, los oleajes y vientos que los condujeran al lugar de arribo y quizá también al menos esperado en el momento de zarpar.

Las ciudades encontradas corresponden al orden ecosistémico que les da emergencia y condicionan el paso de los acontecimientos, así como a esa naturaleza cultural que da cimiento a sus lenguajes, extrañezas y exuberancias. Estos designan la cultura en cuanto culto a la tierra, cultivo de la tierra, cuidado de la tierra, y en ella, cultivo de hábitos y costumbres emergentes de la misma tierra.

Es en este sentido que se conecta la itinerancia con la ciudad, y en esa relación se evidencian dinámicas urbanas en las que la ciudad se inventa en ellas mismas, se trascienden las lógicas que le imponen un orden y se construyen de manera constante y diversa en el contacto con la tierra que ella es. Tal es el caso de las *urbs* (burgos) medievales (Pirenne, 1983) construidas como espacios defensivos habitables especialmente por los caballeros andantes en sus nobles travesías, pero que son atravesadas de otro modo por los mercaderes y comerciantes quienes las cargan de otros sentidos, y con ellos le dan surgimiento a las primeras configuraciones de lo urbano. Desde la visión contemporánea de Delgado (1999) lo urbano no se limita a la estructura física de carácter defensivo ajeno para los habitantes, como lo fueran los burgos visitados por los pobladores solo en casos especiales cuando se requería la concurrencia pública (Pirenne 1983), sino a dinámicas y relaciones cotidianas emergentes del acto permanente de habitar.

Lo urbano (Delgado, 1999; Silva, 2006) se devela como el encuentro entre hombres, o mejor dicho, entre ellos en la ciudad y sus símbolos, haciéndose presente como la imagen diversa de múltiples formas de ser en vínculo permanente. Acontece en el espacio privilegiado de la cotidianidad, pronunciada por los ciudadanos diariamente en la fabulación, el secreto o la mentira.

Todos ellos son estrategias de narración, mediante las cuales los relatos urbanos focalizan la ciudad generando distintos puntos de vista. Posibilidad tal que permite a sus habitantes inventar formas de vida urbana para crear su ciudad en calidad de acontecimiento y de esta manera la ciudad cambia, como cambia la vida, y sus puntos de vista se transforman bajo estos efectos de la imaginación y la vida diaria. Aquel espacio donde converge el caos y el desorden de la vida cotidiana, donde se entremezclan los tejidos de memorias e ilusiones, donde convergen distintas maneras de ser en el mundo y de constituir lugares, esos que resultan no tanto por su distribución espacial sino fundamentalmente por las prácticas que los atraviesan y permiten poblarlos, de huellas, contactos y afecciones.

Si bien el espacio físico en el que instalan los entramados del lugar urbano tienen un uso predeterminado de antemano para una funcionalidad específica, es la actividad configurante de los transeúntes y los lenguajes naturales que estos despliegan, lo que dotan a esos espacios urbanos de su carácter. Hacen de ellos una práctica, un hábito, un habitar que se vinculan más con una suerte de necesidad urbana emergente de la vida misma, que con la función política que se le ha asignado.

Estos movimientos errantes pueden ser considerados como geo-grafías⁵ en la medida en que surgen de la tierra y se instalan en las superficies sinuosas de sus montañas, valles, ríos y mares, y son estas las que de cierta manera condicionan las disposiciones de sus cuerpos en tanto que son pieles de la tierra en sus espacios. He aquí a las ciudades como cuerpos de la tierra, demarcados por la inscripciones de unos cuerpos itinerantes, pueden encarnarse en el nómada cazador atravesando montañas, también lo pueden ser el vagabundo, el caminante, el ambulante de la urbe contemporánea que contorsiona en sus espacios quizá también buscando posibilidades de existencia.

5 Este concepto no se localiza en el sentido estricto del término oficial, sino desde las consideraciones de José Luis Pardo (1991) Para él, la Naturaleza es un acontecer de la cultura, que se inventa a sí misma como signo, por lo tanto la naturaleza deviene en cultura y en la medida en que inventa signos, los paisajes devienen en palabra, pero no es la palabra de la cultura, sino un lenguaje que excluye el discurso humano. Así constituye lo que denomina "la lengua de la tierra", como "Superficie en la cual se escribe la historia (no: los hombres escriben la historia, sino: ella se escribe a medida que ellos hablan)" (Pardo, 1991: 32). La historia que registra la lengua de la tierra no es la misma que registra el lenguaje humano, están enmarcadas en ritmos diferentes, como diferentes son los tiempos de formación de los accidentes terrestres, a los fenómenos acontecidos en la historia humana. Así, pues, lenguaje humano y geografía serán dos lenguas distintas que a su vez relatan dos historias entre las que no hay posibilidad de equivalencia, la humana con el advenimiento de todas sus estructuras simbólico-sociales y la historia de la tierra como formación biofísica. Ella se instala como escritura en sus distintas geo-grafías, es escritura de la tierra escribiéndose a sí misma en sus pliegues y repliegues, escritura en la tierra en el momento en el que se deposita sobre ella un signo y escritura sobre la tierra cuando sirve como soporte para otra escritura. La propiedad que aquí le podríamos atribuir a la lengua de la tierra es precisamente su condición diversa en tanto que lengua deslenguada (Pardo, 1991), que habla en el paisaje pero también en los múltiples dialectos y estilos de vida que en consideración de sus escrituras pudieran devenir de ella. En ellos se inscribe esta geo-escritura, en todas sus construcciones simbólicas que llevan en sus cuerpos como tatuados en la piel y en donde configuran sus lugares. Sus cuerpos, sus moradas y todas las construcciones que traen consigo se configuran así en protuberancias dérmicas que se instalan en la piel telúrica.

4. Ciudad irradiente

La *mirada irradiente*, por su parte, como la mirada del águila que desde las alturas contempla su presa, se asocia con la perspectiva objetiva de la planificación⁶. En sus dispositivos técnicos se despliegan las estrategias para controlar el territorio, se concentra en el distanciamiento impuesto por los mecanismos ópticos (planimetría) con los que se diseña, pero también se toma cierta distancia de los cuerpos que en esos territorios habitan, sus prácticas no se alcanzan a percibir en este tipo de herramientas, primero, por la distancia que se ha impuesto, y segundo, porque su carencia de exactitud (cuantificación) las hacen irrelevantes.

A la necesidad de asignar un orden espacial se le adhiere la necesidad de un orden social. Se distribuyen los espacios de acuerdo con una estructura social determinada por medio de la norma, la ubicación de los habitantes y acontecimientos que en ellos pudieran suceder. Se regula la conducta a la par con la transformación del medio, atendiendo a un conjunto de prácticas asociadas siempre a la funcionalidad en términos de los diferentes usos que se le fijan al “suelo” de la ciudad, así como las diferentes finalidades asignadas a su plataforma instrumental. También se puede pensar esta funcionalidad a la luz de los roles que los habitantes desarrollan en la estructura social que lo soporta, vinculados de algún modo a los organismos de producción-mercado-consumo. En este sentido la sociedad funcional⁷ corresponde a la ciudad funcional en la medida en que perpetua esta estructura manteniendo un estado de equilibrio dentro del sistema urbano. Siguiendo los lineamientos del estructural-funcionalismo, si dichos lineamientos se tergiversaran, se estaría actuando de manera disfuncional al no darle el uso correspondiente al espacio que se ha planteado de antemano para dicho propósito.

6 Vista desde la categoría positiva de la ciencia, como paradigma tradicional de orden, se aplica como modelo estandarizado en los territorios, sin tener en cuenta las particularidades ecosistémicas y culturales de los mismos, deja por fuera las realidades sociales y genera, incluso, mayores conflictos urbanos. Se habla, por lo tanto, del paradigma urbano que va a surgir desde la gran renovación desarrollada por Haussmann y que, además del ordenamiento de la ciudad, va a generar la segregación espacial de sus habitantes. Paradigma que sigue vigente en los procesos de desarrollo urbano contemporáneos, incluso en Colombia, y que causan importantes alteraciones a las dinámicas urbanas.

7 Desde el funcionalismo social se puede comprender el término en la perspectiva concedida por Parsons (1951) y Merton (2003). Para acceder al conocimiento de la realidad social, se debe partir de principios teóricos denominados sistemas de referencia, clasificados en tres tipos: El sistema cultural, constituido por los patrones de conducta, símbolos, creencias. El sistema de la personalidad, que se integra a partir de la apropiación individual o internalización que la persona realiza de las normas sociales del grupo en el que interactúa. Y el sistema social, considerado a partir de dos estructuras que lo determinan: la división social del trabajo y la estratificación. Cuando una sociedad ha sido capaz de establecer patrones conductuales que garantizan su equilibrio y supervivencia a partir de estos sistemas de referencia, se dice que se trata de una sociedad funcional. Merton, padre de la teoría de las funciones manifiestas y latentes, supone la existencia de dos alternativas: que los roles desempeñados por el sujeto sean voluntarios y reconocidos (manifiestos) o no deseados ni reconocidos (latentes). En este último caso pueden presentarse, más tarde o más temprano, lo que denomina disfunción, es decir, comportamientos sociales que rompen con los patrones vigentes y que ponen en riesgo el equilibrio y la seguridad del grupo social.

Es una mirada a la que se le escapa la apropiación que los cuerpos hacen de él, en la medida en que lo atraviesan configurando lugares y prácticas. Este aspecto le es invisible a la planificación urbana centrada en la funcionalidad, pues esta apropiación y configuración de lugar no tiene que ver con lo que el ordenamiento dispone al vincular también los acontecimientos que ocurren de manera contingente en las circunstancias cotidianas, en el acontecer de la vida misma.

Desde lo distante del plano, lo que se busca es una mirada radiográfica de aquellos que ven el mundo desde las urdumbres del orden, buscan mantener un control sobre el espacio mientras la exuberancia de la vida se oculta en medio de los trazados geométricos. La ciudad pensada bajo estas lógicas, dice Xibillé (1998), termina siendo reducida a puntos geométricos sobre un dispositivo gráfico. De tal manera que las escrituras geográficas de la tierra y los símbolos sociales que en ella se inscriben, son aplastadas bajo la mirada irradiente de la perspectiva cartográfica-planimétrica, que requiere de instrumentos de distanciamiento para poder intervenir el territorio, a manera de criba mediante la cual la exuberancia geo-gráfica queda reducida al lenguaje ortogonal, en predominio por la forma esquemática, convirtiendo, dice Xibillé, la variedad topografía –sea como sea– en un cosa plana.

La planificación urbana, en términos de funcionalidad y limpieza de la ciudad, va a surgir en el contexto de la revolución industrial, cuando el desorden producido por los asentamientos humanos vinculados al espacio de la fábrica sin ningún tipo de organización y en condiciones inhabitables, hace el llamado para que las ciudades industriales se transformen. En reformas como la París de Haussmann se expresa este tipo de intervención cuando la ciudad alcanza un nuevo aire adquiriendo condiciones más ordenadas. Es la ciudad organizada en amplias avenidas y bulevares por los que se admite la rápida circulación de mercancías y flujos energéticos. Para alcanzarlo, se elimina todo aquello que limite este comportamiento, se expulsa incluso a la masa de obreros pobres al espacio marginal donde no desentonen con las nuevas estructuras físicas de la ciudad central. Se les restringe así, tanto el espacio vital como las maneras en que debían habitarlo y se construyen estructuras viales con las condiciones requeridas para acceder militarmente de manera fácil, en caso de que las revoluciones proletarias lo provocasen. Estos aspectos se consolidarán en el modelo ideal de ciudad asociada al progreso y el control militar.

Sujetos de este modo por la ciencia y en su extensión por los mecanismos del control político, los cuerpos de la ciudad son introducidos en los ritmos de la producción industrial, tiempo que pasa, en clave de Pardo (1991), en la ciudad que tiene primacía por la conectividad y la velocidad, cuyo objetivo es perpetuar un estado de “equilibrio” económico generado por la línea infinita de la producción. La industria no se puede detener, por lo tanto la ciudad tampoco, por el contrario, sus ritmos y acontecimientos deben estar determinados por los ritmos de la fabricación, la comercialización y el consumo; las leyes de la ciudad estarán pues supeditadas a las leyes de la industria y el mercado.

Es el momento en el que la ciudad como espacio para la industria absorbe a la tierra y a los cuerpos vistos como mero instrumento. Dice Max Horkheimer (1973) que con la consolidación de la

industria que devasta la tierra como cosa y al hombre como medio, la razón se declara incapacitada para determinar las metas supremas de la vida, teniéndose que conformar con reducir a mera herramienta todo lo que encuentra. De este modo se instaura esa tendencia de someter toda vida cada vez más a la racionalización-cosificación donde cada hombre, cada cuerpo, debe seguir sus exigencias; la autoconservación de la persona presupone su adaptación a dicho sistema racional-instrumental que lo domina, así las masas de cuerpos –obreros, por ejemplo–, deben adaptarse conscientemente al papel instrumental que cumplen. En esta medida, la racionalización de la vida en su configuración instrumental deviene en industrialización, y es, por extensión, también una racionalización del espacio habitado. Es por ello que paralelamente al surgimiento de las sociedades industriales, surge también el gran estallido urbano, donde el orden que se impone al espacio de producción está vinculado al orden impuesto a los espacios de la ciudad.

5. Ciudad para el desarrollo

La optimización funcional del territorio se va a consolidar en una constante preocupación política-regulativa centrada en establecer de manera permanente mecanismos para garantizar un control espacial, y permitir que los procesos de producción y mercado se lleven a cabo en el menor tiempo posible. Todo esto para que por la ciudad circulen, se intercambien y finalmente se consuman los bienes y servicios asociados a la calidad de vida prometida por el ideal del desarrollo. Se ofrece un cierto tipo de confort instrumental en el que las maneras de habitar la ciudad, cada vez se antojan más dependientes de la plataforma de tecnología con las que se transforma el medio. Entre más estructura de este orden se desarrolle en la ciudad, más se le acercará a ese ideal de desarrollo que no emerge de las realidades contextuales de cada territorio, sino del modelo impuesto por países del primer mundo.

Este concepto de desarrollo ha estado asociado al concepto occidental de progreso, concebido como el avance de la humanidad en su lucha por perfeccionarse, en una búsqueda paradójica por superar precisamente esa condición que los hace humanos. Es un intento por sustituir esas afecciones que los unen a las pasiones, los sentidos y los límites a términos industriales, científicos y del capital. Se intercambia la vida misma por una idea de calidad de vida asociada al aumento de los bienes y servicios puestos a su disposición.

A partir de la modernidad, se empezó a confiar en que el desarrollo científico garantizaba el progreso y que este se dejaría ver en sus efectos tecnológicos. Este camino conduciría a los hombres hacia una sociedad perfecta en la que esa fabricación de instrumentos técnicos le permitiría avanzar cada vez más hacia adelante. Esta lógica naciente en el seno de sociedades capitalistas basadas en esa organización racional-utilitaria del trabajo y de los “recursos” de producción, es decir, la misma tierra, ha llevado a que se le asocie con esa idea de avance infinito hacia adelante en clave de crecimiento económico, y como tal se mide por el Producto Interno Bruto –PIB–, y en la utilización de la capacidad instalada, aspecto que se logra explotando sin ningún límite a la tierra y a los cuerpos de la tierra.

En este contexto, el desarrollo se asocia directamente con un carácter capitalista centrado en el intercambio económico de bienes de consumo, y que en su evolución constante no conocerá ningún tipo de límites. Con ello se le da forma a un orden centrado en el capital como directriz de todos sus procesos; la ciencia y la técnica toman fuerza para sujetar, por un lado, la naturaleza a las leyes universales, y a las del mercado, por el otro, siendo entonces mercantilizada por una constante instrumentalización. Esta idea del desarrollo centrada en el crecimiento es la que va a afianzar la potencia económica ostentada por sociedades del primer mundo, así como a las grandes metrópolis emergentes precisamente de la industria, consolidándolas entonces en el modelo ideal de desarrollo que debían imitar los demás países para poder alcanzarlo.

Este es uno de los impactos que Augusto Ángel (1995b) enmarca de mayor importancia por considerar dentro de las tensiones ocasionadas por el desarrollo⁸. Aunque sus efectos no son tan evidentes, sus consecuencias son profundas en la medida en que el modelo cultural que se impone es precisamente el que más distancia ha tomado de la tierra en cuanto a la comprensión de sus escrituras, olvidándolas, suplantándolas e inscribiendo en ellas constantes huellas de explotación e impacto. Además de esto, la pérdida de lo múltiple, lo diverso, la lengua deslenguada del habitar. En palabras de Ángel: “La cultura ha ido perdiendo su significado de modelo adaptativo a las circunstancias locales o regionales, para convertirse en un ropaje unificado y en un sistema articulado de explotación del medio natural. A instrumentos similares responden símbolos idénticos” (Ángel, 1995b: 72).

Siguiendo estas lógicas y copiando el modelo de sociedades desarrolladas, las ciudades se diseñan como grandes dispositivos de consumo y sus calles serán, en este mismo sentido, el espacio por donde circulan las mercancías y sus medios de producción. Mientras tanto se proporciona el espectáculo de la sugestión, pues será lo que se proyecta sobre sus fachadas lo que el habitante de la ciudad consume, no solo servicios o artículos como tales, sino también imágenes e ideas que a ellos se asocian como estrategia de mercado. De tal manera que dichos mecanismos van a determinar, de cierto modo, las maneras como se proyecten y recorran las calles en torno a ese espíritu netamente funcional.

Desde esta perspectiva, el poder político asociado a la razón instrumental pensará una ciudad en términos espaciales-geométricos-ortogonales privilegiando la distribución con base en la técnica funcional diseñada como un gran dispositivo útil, que si bien pudiera adquirir las características de

8 Desde la perspectiva del Pensamiento Ambiental se toma una distancia del desarrollo sostenible, al considerar que este surge de una categoría social y, por tanto, también económica, que vuelca su interés ambiental hacia el sostenimiento en el tiempo de la explotación y dominación de la tierra. Bajo la mirada de Escobar (1996) el Desarrollo Sostenible está impregnado de un tinte neoliberal, puesto que desde los mismos planteamientos del Banco Mundial, requiere de un mercado sin distorsiones, competitivo y en pleno funcionamiento. Escobar (1996: 327) hace énfasis en cuatro aspectos críticos de Desarrollo Sostenible: 1. Problematicación de la sobrevivencia global. 2. Fomenta una economía de la visibilidad. 3. Reproduce los aspectos del economicismo y el desarrollismo. 4. Apropiación inadecuada del concepto de medio ambiente.

un cuerpo, este sería uno totalmente controlado, donde cada espacio tendría una funcionalidad *a priori* y en cada uno de ellos el comportamiento de sus habitantes debería acontecer en un estado permanente de control. El habitante muta con los ritmos y las transformaciones mismas de la ciudad para ajustarse a sus dimensiones y flujos de energía, trabajo, transporte, personas. Flujos que soportan la existencia de esos cuerpos transformados en individuos-peatones que atraviesan la ciudad sin siquiera darse cuenta del otro o de lo otro, que se limitan a seguir las disposiciones para las cuales su exterioridad corporal es moldeada, o mejor dicho, reducida. De este modo se perfila el cuerpo que políticamente se requiere, vinculándolo a un tipo de ciudad disciplinaria en clave de Foucault⁹.

Desde su perspectiva conceptual, se puede orientar el predominio de la mirada penetrante, y también irradiante, en el contexto urbano, bajo los parámetros del poder. Esta intencionalidad no está orientada por el sentir, sino precisamente por su prohibición, concentrada más bien en un acto permanente de cohibir. De evitar las pasiones, los gestos. De evitar que los sentidos se configuren en "artimaña" para la transgresión. El miedo aquí está representado en la acción colectiva que, haciendo uso del desorden emanante de la multitud, genere situaciones de emancipación. Miedo a que el cuerpo colectivo consiga acceder a un estado de autonomía por cese de la sujeción a la autoridad que le somete y aquietta.

Si bien es cierto que los mecanismos de disciplina utilizados hoy no son equiparables a las grandes dictaduras de orden militar caracterizadas por el control disciplinario, podemos admitir que desde la sutileza del control político espacial, existe una pretensión de conducir el comportamiento. Una intención que, de antemano, en su diseño, determina los espacios para que sean atravesados de acuerdo con las pretensiones que les anteceden, el uso de los espacios con fines de mercado, industria o estratificación socio económica.

6. Ciudad en el desarrollo

En las ciudades dirigidas por los ritmos mecánicos del capitalismo industrial, la arquitectura moderna y la planificación, en el siglo XX, trataron de crear un mundo espacial y socialmente segmentado de acuerdo con las funciones asignadas a los espacios y las posiciones sociales de quienes los habitaban. La disciplinización del cuerpo y su fijación en instituciones organizadas según la arqui-

⁹ Las sociedades disciplinarias son descritas por Foucault como aquellas en donde opera la distribución de roles, funciones y espacios, por ello la disciplina procede ante todo a la distribución de los individuos en el espacio, mediante el empleo de diferentes técnicas que perpetúen el control haciendo uso de la clausura. Haciendo una expansión a lo que Foucault plantea en cuanto a los "centros de encierro", se puede decir que las ciudades bajo la mirada controladora de la homogenización y el mercado se está convirtiendo en uno de ellos, buscando que todos los acontecimientos que en ella tienen lugar sean controlados por un único agente, el mercado y el poder del capital.

tectura panóptica¹⁰ son, de este modo, el modelo paradigmático de las sociedades industriales. Reformas como la de Haussmann hicieron del panoptismo (Foucault, 2002) el modelo de control social, instaurado mediante la traza urbanística, por medio de la cual todo se hizo visible y por lo mismo reprimible, corregible.

En este sentido, la proyección de la ciudad que persigue estos fines termina capturándola en los trazos de un plano en el que la mirada irradiante de quien la proyecta, se podría considerar como ese vigilante panóptico propuesto por Foucault, que posee en el poder de la mirada el control total sobre el territorio. Este, al fragmentar los espacios analíticamente desde la perspectiva cartesiana, busca dar cuenta hasta del más mínimo detalle por medio de los dispositivos proyectivos de los que se vale. Con ese enfoque se diseñan los espacios, pero se difuminan los lugares, se enaltece la geometría pero se niegan las geografías. Las huellas dejadas por el caminar itinerante son olvidadas para instalar allí las infraestructuras proyectadas por la planificación irradiante.

El traslapeo del panoptismo espacial al panoptismo social evidencia su función principal en la transformación de los cuerpos en fuerza productiva, condición que si bien solo se consolida en las sociedades nacientes del capitalismo, posiblemente no sea tan arbitrario afirmar que dicho control instrumental, aunque no sea la realidad evidente en ciudades contemporáneas, permanece en sus esquemas arraigados sutilmente en el orden ideológico. Las ciudades de hoy evidencian cierta pretensión de ser como aquellas ciudades industriales, donde el control espacial orientado a la producción ha sido una característica predominante. Estas se configuran en modelos ineludibles que se deberían imitar para alcanzar, al menos sutilmente, sus niveles de desarrollo. Este por supuesto, entendido desde su carácter netamente económico, industrial y mercantil, como elemento transversal de las sociedades capitalistas.

Se aborda aquí el modelo panóptico del control, reconociendo de antemano, por supuesto, que no en todos los contextos se evidencia de manera tan latente, ni se comparten los principios capitalistas de la metrópolis globales, que la industria no ha sido la potencia más importante en todas las ciudades, sobre todo aquellas localizadas en el contexto local.

¹⁰ Al respecto en Foucault (2002) se explica lo siguiente: Lo que antecede a esta perspectiva de la disciplina son los espacios que tienen como medida común la utilización de dispositivos arquitectónicos que privilegian la mirada del control, el panóptico a través del cual el movimiento de cada cuerpo está expuesto a la mirada de quien pretende comprender la totalidad de las acciones que en dicho espacio acontecen. Una mirada que permita la identificación de cada cuerpo como ser individual, que no solo se fragmente de acuerdo con la distribución de estos en término de funcionalidad, sino también en el que pueda distinguirse fácilmente cualquier tipo de modificación o desvío de la norma, con lo que la pretensión será acceder a la mirada plana de la totalidad pero también la distinción de cada porción particular. Estos espacios son fácilmente reconocibles y equiparables unos a otros en espacios como hospitales, reformatorios, prisiones, hospicios, fábricas, iglesias, colegios...; en los cuales se manifiesta esa utopía de la sociedad del control y la vigilancia constante ejercida por alguien al poder, estableciendo, dentro de sus consideraciones, lo que comporta un carácter de normalidad y lo que no.

Teniendo en cuenta las anteriores salvedades y premisas, se puede decir que los planos tienden a configurar ese espacio panóptico de Foucault, con su mirada totalizadora donde se aquietan, controlan y ocultan los cuerpos permitiendo que en lugar de ellos sobresalgan las estructuras y los límites. Son, pues, la representación del poder en el que precisamente se imponen límites constantes al habitar, al acontecimiento de constituir un lugar, el uso conceptual de la ciudad se sobrepone al uso cotidiano, suscitando, de este modo, cierta oposición entre la función espacial que se proyecta en plano geo-métrico y la con-fusión social instalada en la superficie geo-gráfica. En el horizonte de la planificación solo estará presente la primera dimensión de lo medible, lo otro, que es precisamente donde se localizan los cuerpos, es invisible para ellos en la medida en que solo se considera con pretensión de control, reducción y por lo tanto negación.

En este contexto, para los cuerpos que interesan dentro de las consideraciones de los planos, la manera como sus distancias permiten apreciarlos es, desde luego, en aquietamiento, reducción, cuando no en negación. Es la utopía de un cuerpo que lejos de constituir los entramados de lo urbano, se piensa, desde lo plano, únicamente como practicante de la ciudad en términos de la denominación que de ellos hace Manuel Delgado (1999). Este cuerpo ideal es el de aquellos que al atravesar la calle se adentran en un espacio de la funcionalidad puramente instrumental, orientada fundamentalmente hacia el espacio en el que se les ha instalado y las actividades que en él deben desempeñar, de acuerdo con el rol social que ocupan dentro de su jerarquía social. La docilización de los cuerpos se vincula tanto con el control sobre sus espacios y sus tiempos como por los nuevos y sutiles mecanismos de dominación, mediante los cuales ese cuerpo contemporáneo ha llegado a convertirse también en consumidor controlado.

Este aspecto va a consolidar esa utopía de la sociedad homogénea de cuerpos intercambiables y despojados de toda singularidad, cuerpos idénticos con los mismos ropajes, estilos y prácticas del habitar. Es, entonces, una homogenización de lo que se tiene pero también de lo que se anhela. Todo ello determinado por las leyes del mercado y de un tipo de planificación urbana que se ha postrado a su servicio, cuya impronta más legible es esa uniformidad que tanto le sirvió a las sociedades disciplinarias como mecanismo de control. Como si la totalidad de los cuerpos comportaran una sola forma tendiente a disolver la diversidad, pieles e íntimas escrituras en una única configuración colectiva y gregaria.

Lo que pone de manifiesto este tipo de transformaciones vitales son precisamente esas lógicas con las que opera el desarrollo entendido únicamente como crecimiento ilimitado de capitales, de industrias, de mercados globales, de las mismas ciudades. Como si de lo que se tratara fuera de buscar utópicamente alcanzar los más altos niveles de riqueza, en medio de espacios urbanos planificados, para que sean globales y con tal uniformidad que sean fácilmente intercambiables sin consideración alguna con los cuerpos y las huellas urbanas del habitar. La infraestructura y la urbanización son la expresión más evidente de una sociedad económicamente floreciente. La transformación urbana viene acompañada de procesos paralelos de crecimiento

industrial, de flujo comercial, de circulación vehicular y transformación cultural, los cuales acontecen de acuerdo con las directrices del Primer Mundo, principal agente dinamizador del discurso del desarrollo en el Tercer Mundo. Su lógica se ha impuesto en los países subdesarrollados bajo la premisa de la modernización (Escobar, 1996: 86), entendida como única fuerza motriz del progreso, cuyas rutas inevitables son la industrialización y urbanización. El desarrollo se consolida en lo local, dice Escobar, desde un enfoque etnocéntrico y tecnocrático con el que se trata a las culturas y a las personas como conceptos abstractos, operando mediante intervenciones técnicas aplicables universalmente bajo los mismos modelos de planificación espacial y organización social. De este modo, se ha llegado incluso a administrar y controlar países, poblaciones y comunidades en formas cada vez más detalladas, generando una oposición entre el desarrollo institucionalizado y las circunstancias específicas de las comunidades locales.

7. Ciudad marginal

Teniendo en cuenta las dimensiones anteriormente mencionadas del espacio irradiante, el espacio itinerante y el desarrollo, es importante tener en cuenta que dichas categorías no se leen como condiciones indispensables de la ciudad y de todas las ciudades del mundo. Reconocemos los importantes procesos de participación urbana desarrolladas en propuestas como el eco urbanismo que busca, en lugar de controlar el territorio, desarrollar procesos de gestión teniendo en cuenta parámetros como el adecuado manejo de los ecosistemas, indicadores y servicios ambientales, ciudadanía y calidad del hábitat, entre otros aspectos que pueden ser fácilmente identificables en ciudades como Curitiba (Brasil). Allí se han consolidado comunidades humanas multidimensionales que buscan su permanencia en el tiempo y en entornos equilibrados. También es importante destacar el rol fundamental que ha empezado a jugar la participación comunitaria en proyectos contemporáneos de ciudad. A partir de estos parámetros se reconstruyen los espacios, los lugares, las prácticas y las relaciones, con el fin de mejorar la calidad de vida de los habitantes, esperando despertar en ellos sentimientos de pertenencia por medio de escenarios de democracia y convivencia conducentes a la transformación social.

No se pretende negar la efectividad pública y despliegue académico que estas propuestas han generado en los territorios específicos donde han tenido una respuesta positiva. El interés más bien se orienta a evidenciar las maneras en que la planificación desarticulada de todas las dimensiones (sobre todo la cotidiana) inherentes a los conflictos territoriales, deja por fuera terribles realidades o, incluso, las termine acentuando. Aunque se asimilen estos procesos de planificación impositiva a contextos dictatoriales o de períodos precedentes, lo cierto es que en el presente de nuestras sociedades siguen siendo vigentes, incluso en ciudades colombianas.

Tal es el caso de la política urbana desarrollada en Medellín desde 2004, orientada a promover la transformación físico-espacial

en zonas con déficit en desarrollo humano y calidad de vida, con altos índices de violencia y una ausencia generalizada del Estado.

Este tipo de desarrollo físico ha llegado a posicionarse como una experiencia destacable dentro del gremio de la planificación urbana tanto en el contexto nacional como en el internacional, precisamente por las premisas democráticas y simbólicas que lo acompañan. Sin embargo, dichas intervenciones han tenido ciertas críticas académicas a nivel de los impactos sociales generados. En una investigación llevada a cabo por el Colegio Mayor de Antioquia¹¹ que pretende identificar los imaginarios comunitarios alrededor del proyecto, se concluyó que el discurso oficial no coincide con los relatos comunitarios. Los resultados más relevantes arrojan que, en efecto, la intervención ha generado grandes mejoras para la comunidad en términos de calidad y acceso a ciertos servicios y equipamientos, los cuales han mejorado las condiciones de vida, fundamentalmente de la población juvenil. Sin embargo, para el resto de la población, la infraestructura se configura en un referente espacial que irrumpe con su tejido histórico. En los testimonios recogidos en la comunidad se afirma que estas modificaciones físicas son vistos como elementos sobresalientes que no pueden ser ignorados, pero que se asumen como dispositivos aislados, impuestos, que las personas agradecen, pero un poco atravesados en sus experiencias vivenciales (Quinchía y Arrieta, 2011).

Dicho proceso ha sido analizado por Brand (2010) como la articulación de políticas de seguridad democrática, con transformaciones urbanísticas orientadas a la transformación social, pero que en la combinación con elementos dogmáticos y estrategias represivas terminan generando mayores conflictos en el entramado territorial. De este modo, nuevas pautas de conducta que comprometen de manera relevante las relaciones de convivencia, se fijan alrededor de ideas como cultura ciudadana, espacio público y urbanismo social.

El urbanismo social de Medellín es el esfuerzo más reciente en este sentido. Consiste en invertir en los sectores populares, en pagar la “deuda histórica” que tiene la sociedad con estas zonas olvidadas y urbanísticamente ignoradas de la ciudad. Pero lo hace de una manera particular. No se pretende solucionar los problemas de fondo relacionados con la vivienda, el empleo y la pobreza. Al construir Metrocables, parques-biblioteca, colegios de alta calidad (arquitectónica), espacios públicos, etcétera –proyectos puntuales bien logrados y con un alto impacto tanto estético como social– se busca no solo “hacer la mejor arquitectura, la que suscita el orgullo y la autoestima de la comunidad, una arquitectura que genere sentido de pertenencia”, sino también ejecutar proyectos palanca que “lideran una transformación social profunda” (Alcaldía de Medellín, 2008). Se espera construir, literalmente, un nuevo “contrato social” mediante la dotación de espacios de ciudadanía, escenarios de democracia y convivencia (Brand, 2010).

11 La investigación tiene como marco metodológico el Análisis Crítico del Discurso –ACD–, el cual posibilita abordar analítica y metodológicamente la relación entre los elementos discursivos y no discursivos inscritos en los marcos de representación y producción de la realidad socio-espacial intervenida.

Este escenario de diseño espacial, inscrito a posteriores conflictos sociales generados por procesos de militarización de estas zonas y operativos de control por medio de la fuerza pública, coincide con las dimensiones de renovación urbana desarrollada en Bogotá. Dicha Renovación inicia en 1998, cuando se construye el Proyecto Tercer Milenio que estuvo a cargo de la Administración Distrital. Con el fin de recuperar el espacio, se le asignaron una serie de usos públicos, comerciales, residenciales a la zona denominada de El Cartucho, que durante muchos años venía siendo deteriorada social y físicamente por situaciones de conflicto y marginalidad que allí se presentaban. No obstante, investigaciones llevadas a cabo por la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de El Bosque, en el marco del megaproyecto, concluyen que dicha intervención no cumplió con gran parte de los objetivos planteados en términos de minimizar la dinámica delictiva y tecnificar la labor del reciclaje, puesto que, por el contrario, se generaron otra serie de situaciones nefastas. Se afirma que no se dieron procesos efectivos de atención a las personas que habitaban este sector, desatendiendo los actos violentos, el callejerismo, el consumo y comercio de drogas, el aumento de habitantes de la calle y en general las conductas ilegales que fueron desplazadas a otros sectores de la ciudad (Góngora y Suárez, 2007).

Además de estos factores de vital importancia, también se identificaron fuertes procesos de represión social en los que a través de la intimidación se desalojó a los habitantes en la zona. Así es evidenciado por Andrés Góngora y Carlos Suárez en su investigación, quienes por medio de publicaciones oficiales de la prensa develaron estos fenómenos conectados con violencia y “limpieza social” en el sector¹².

Estos dos acontecimientos específicos revelan las maneras como operan los procesos de planificación espacial mediante el control del territorio abstracto, alejado del territorio físico y concreto, cargado de significados, huellas y códigos sociales por sus habitantes. El desarrollo urbanístico orientado a la solución de problemáticas sociales, pero alejado de los actores que las protagonizan, puede ser asumido como un ejercicio de carácter irradiante mediante el cual se pretende capturar la totalidad del espacio contemplado en el dispositivo visual y, apresar en este, todas las dimensiones que en él convergen. Lo que se espera es que las comunidades respondan casi automáticamente a los cambios espaciales con modificaciones en sus conductas, que borren sus huellas históricas y se dejen moldear por los esquemas estandarizados y estandarizantes.

12 “[...] *El Tiempo* nos provee ejemplos en sus ediciones del 26 de febrero del 2001 y del 1 de marzo de 2003 acerca de la vinculación de la policía en ejecuciones extrajudiciales: cuatro jóvenes menores de edad fueron capturados el 3 de octubre del 2000 acusados de robar el radio de un bus; al llegar al parqueadero de la Estación 24 de la Policía, ubicada en la carrera 13 con calle 9, son torturados por ocho agentes de policía, quienes los golpearon y jugaron con ellos a la ruleta rusa. El expediente de la Procuraduría revela que mientras los jóvenes yacían en el piso, uno de los patrulleros gritó: ‘¡Ahí viene el matón!...’ Se trataba del agente Jhon Harold Orozco Díaz, quien con frialdad se acercó al joven Over Steven, le puso en la frente su ametralladora Uzi de dotación oficial y le disparó [...]” (Góngora y Suárez 2007: 118).

Las investigaciones de campo de carácter etnográfico que se han generado a partir de estos procesos, permiten, a su vez, evidenciar la mirada itinerante, que es la de quien recorre el territorio en el espesor de sus acontecimientos a través de la percepción de sus sentidos. Los cuerpos itinerantes son aquellos que configuran lugares al atravesarlos simbólicamente, quienes en su interior y de manera fortuita construyen moradas, hábitos, afectos y afectaciones. Evidentemente no se puede desconocer la realidad marginal que en estos territorios se vivenciaba antes de las renovaciones. Pero tampoco que dichas situaciones, en primer lugar, no constituían la totalidad de sus dinámicas, y en segundo, que las intervenciones tampoco lograron solucionarlas, sino, como lo muestran las mencionadas investigaciones, terminaron por acentuarlas o cambiarlas de lugar.

8. Ciudad morada - Ciudad negada

Las estrategias irradiantes del control espacial, en correlación con las dinámicas itinerantes del habitar urbano, son interpretadas en la ciudad de Manizales, en clave de la planificación, usos y acontecimientos que tienen lugar en el espacio de la calle, especialmente la carrera 23 como principal eje vial de la ciudad.

También debemos hacer mención aquí al macro proyecto de Renovación Urbana de la comuna San José, el cual, al igual que los dos ejemplos mencionados anteriormente, surge con la intención de solucionar problemas concretos de marginalidad, vulnerabilidad física de las viviendas y el supuesto déficit de vivienda que presenta la ciudad. Sin embargo, después de cuatro años de iniciadas sus intervenciones, no ha abordado ni siquiera mínimamente ninguno de estos objetivos. Por el contrario, lo único que ha generado es la producción de otras vulnerabilidades de tipo económico, social, ambiental, físico, con la compra y demolición de predios y el consecuente desplazamiento masivo de la población a las comunas periféricas de la ciudad. Esto evidencia que la segregación espacial iniciada con Haussmann en el contexto industrial, sigue vigente hoy en la realidad local de Manizales. Este proyecto ha sido fuertemente cuestionado por la ciudadanía en general, los líderes comunitarios y la misma academia, sobre todo en procesos participativos generados por investigadores de la Universidad de Caldas y la Universidad Nacional, sede Manizales, al considerarlo desde el punto de vista legal incluso inconstitucional, impositivo y orientado a la especulación del suelo urbano para los intereses privados. Bajo estos parámetros, la mirada irradiante corresponde al discurso oficial del macro proyecto, que desde su generalidad y distancia considera legítima la segregación espacial, la negación histórica y cultural del territorio para promover el desarrollo físico de la ciudad, que si bien se justifica con el argumento de la reducción de la vulnerabilidad, no es coherente con las actuaciones constructivas. La mirada itinerante es la de aquellos que diariamente viven las consecuencias de las iniciales intervenciones, el itinerante es aquel que reproduce en otro espacio la marginalidad.

Desde el punto de vista de la calle como segundo acontecimiento concreto, se puede decir que los planes de desarrollo ejecutados durante los últimos años en la ciudad solo abordan

este tema a partir de categorías irradiantes que hacen referencia a la movilidad, la infraestructura, la accesibilidad, pero en ninguno de ellos existen referentes cotidianos de sus usos. Pareciera que la calle solo se destinara para la circulación, y que los peatones acataran con gran precisión las normas que la preceden. O, más bien, después de lo avanzado en los planes globales, quedará en el aire una pregunta: ¿dónde quedaron los cuerpos?

El trabajo de campo llevado a cabo desde la perspectiva etnográfica a lo largo de todo el eje vial (carrera 23) permitió develar esos cuerpos en cantidad y variedad. Cuerpos dóciles que, en efecto, acatan las directrices de la norma. Pero también cuerpos del rebusque apreciables entre peatones y caminantes, siempre cambiantes y movidos; en un momento están allí y luego escapan para aparecer más allá, en la espera o la búsqueda permanente de sus clientes. Esta calle los busca y los llama porque es en ella donde acontece multiplicidad de prácticas, es la calle que se mueve con el movimiento de sus gentes que circulan en intercambio permanente de productos, de dinero, de palabras, incluso hasta de afectos. Se habla de los vendedores ambulantes y se antojan aquí más bien como itinerantes que apropiados de la calle, que han construido en ella una labor, un trabajo, una construcción permanente de la vida a partir de lo que la ella les ofrece¹³. Ellos viven en la cohibición, puesto que su condición de informalidad les prohíbe darle un uso diferente a la calle como espacio público, y entonces los agentes de espacio público reprimen sus acciones, juzgan su conducta y les decomisan sus productos. Ante todo esto, en itinerancia constante, ellos vuelven a surgir.

Un cuerpo transita por la calle aparentemente siguiendo sus determinaciones, sin embargo, al encontrarse en su necesidad individual de cruzar la calle, no obedece ordenadamente a lo indicado por el paso peatonal sino que el mismo se inventa su propia posibilidad funcional, acto con el que si bien satisface una necesidad inmediata, pone también en riesgo su integridad física. ¿Por qué un cuerpo está dispuesto a asumir una situación de peligro en lugar de seguir la norma diseñada para salvaguardar su vida? No se trata aquí de definir si es justificable o no el acto sino de evidenciar que aunque la norma diseña las ciudades de una determinada manera, en el habitar mismo ella acontece de otra; no todos los cuerpos obedecen dócilmente lo que se les ordena.

El semáforo como dispositivo de señales se implementa en la ciudad como todas en el mundo para regular el tráfico de vehículos y peatones, esa es su finalidad instrumental, sin embar-

¹³ En Manizales esta práctica se lleva a cabo por dos razones que han sobresalido en los testimonios de los vendedores ambulantes. 1. Son personas de avanzada edad o con algún tipo de discapacidad física, condición que les dificulta competir en el mercado laboral. 2. Como decisión personal optan por este estilo de labor económica porque lo prefieren a someterse a las disposiciones normativas de una empresa. Prefieren ser independientes, "ser mi propio patrón". Es importante tener en cuenta que Manizales cuenta con unos módulos diseñados oficialmente para vendedores informales en la carrera 23. Para acceder a este espacio se debe pagar un alquiler a la administración municipal, sin embargo los vendedores ambulantes que se tuvieron en cuenta en la investigación no tienen el poder adquisitivo para pagarlo, por lo tanto son personas que se encuentran violando las normas constantemente.

go para el cuerpo que contorsiona toma la forma de escenario en el que se permite mostrar las estéticas coreográficas de algún modo existenciales, en la medida en que de la labor cumplida durante la espera enrojecida, se espera la contribución de los espectadores a los que se les ha entretenido. Malvares y figuras que se trazan con los movimientos corporales hacen del momento una escena del espectáculo urbano donde la calle no solo sirve para transitar, ella misma es escenario en el que acontece la vida en danza teatral; el personaje tiene el protagonismo solo en el instante que la luz roja le proporciona, y entonces cuerpo lumínico y cuerpo danzante se entretajan en un mismo plano captando la mirada del transeúnte-espectador que participará en la escena en el momento que, considerándola digna, le rinde el merecido tributo¹⁴ al danzante-actor.

Otra manera de los cuerpos que se muestran allí donde el plan los oculta, se manifiesta en los cuerpos para los que la calle es refugio y hogar. Su negación acontece cuando incluso esta alternativa se les arrebatada, se les expulsa de la calle, se los margina de la ciudad llevándolos a sus afueras con la idea de no regresar o incluso se les asesina en medio de las absurdas muertes que han cobrado los procesos de limpieza social. Acontecimientos como estos han tenido lugar en Manizales y se pueden identificar en registros históricos del diario local (Periódico *La Patria*, julio de 1991 y julio de 2007), mucho se ha hablado de esto en conversaciones informales, pero la oficialidad nada ha confirmado, incluso en los archivos de prensa se puede evidenciar cierto velo de ocultamiento. No se hace ninguna acusación, y ningún caso queda esclarecido, nunca se identifica a un agresor mezclándose en la gran nube de una mano negra, o unas guerras entre cuerpos que nunca logran dotar de nombres y sentencias a los verdaderos asesinos.

Morir o desaparecer de este modo es una negación del cuerpo, en este caso negación del cuerpo-calle y de las realidades que lo abordan, la opresión ejercida sobre unos cuerpos vulnerables e indefensos, cuyo agresor permanece anónimo y el delito queda desdibujado en las muchas muertes de la violencia urbana. La muerte les ocurre a estas gentes de y en la calle, siendo ella después de abrigo y contacto, el único testigo de la verdad que allí se oculta; las verdaderas razones del agresor para lastimar, desalojar o asesinar a alguien quedan reservadas para unos cuantos.

En medio de esto lo que inquieta es, precisamente, cuando en estas tensiones se pone en juego la vida misma, cuando se delimitan las posibilidades de existencia, la vida se restringe en la medida en que esa objetividad distante y generalizadora no permite ver las carencias que emergen en el ámbito particular.

No obstante, ante las carencias y necesidades que encarnan sus pieles, ellos no reclaman la mirada que los rescate de este exilio porque es quizás allí donde quieran permanecer, sino una mirada desde la afección que tenga en consideración la vida, la de ellos que aunque pareciese desperdiciada carga con una historia, relatos en los que de alguna manera son reflejo de una sociedad “subdesarrollada” en la que esas intenciones de progreso termina convirtiéndose en discurso de exclusión. Son el resto, la exuberancia, lo que desborda el límite geométrico e instrumental de la ciudad, pero también lo queda después de las pretensiones globales del desarrollo, que buscando el progreso y la riqueza de los que ya los ostentan, termina negándole posibilidades de existencia a los que de todo carecen. Son también la tierra, su piel ultrajada por el crecimiento ilimitado que al destruir sus diferentes manifestaciones ecosistémicas, terminan ultrajando también al ser humano como otro más de sus organismos constituyentes. Se evidencian como otro resultado del progreso, ese del que sería mejor no estar tan orgullosos, pues nada hay de heroico en una sociedad que se destruye a sí misma.

Los procesos de planificación espacial, si bien son necesarios para darle orden a la ciudad, no se deben sobreponer a las dinámicas y relaciones urbanas, anulando las realidades a las que se circunscriben. Desde ningún punto de vista se pueden considerar legítimas estrategias de exclusión y exterminio de la vida – n cualquiera de sus formas– tras la teleología del desarrollo. Es urgente que la sociedad recupere su capacidad de asombro frente a estos fenómenos. Pareciera que se buscara solucionar los conflictos sociales- ambientales urbanos siendo indiferentes a las personas y cuerpos¹⁵ que los incorporan diariamente en sus hábitos y lugares. Es innegable que la mirada irradiante, desde la perspectiva que aquí se ha querido evidenciar, guarda una gran distancia con la mirada itinerante. Con la primera se pueden negar, apresar, anular las emergencias de la segunda. No pretendemos que sean equiparables, ni siquiera que lo irradiante identifique y ordene lo itinerante, sino que por lo menos en sus procedimientos guarde unos mínimos de respeto a la dignidad. Una mínima consideración con la vida en tanto es emergencia diversa de la tierra y no solo obstáculo para el progreso que se silencia con la tiranía y la perversidad.

Y es que los anónimos siempre somos ambulantes, siempre estamos deambulando, porque nos dirigimos a ninguna parte [...] por eso procuramos disimular y no hacer nada que delate que estamos perdidos que estamos deambulando. Necesitamos mucho tiempo –y sobre todo necesitamos que nos dejen en paz– para poder deambular en busca de los nuestros y de nuestro lugar [...] queremos además conservar nuestro anonimato. Queremos poder seguir deambulando. Probablemente pedimos demasiado (Pardo, 1996: 293). **io**

14 La pretensión no es de ningún modo legitimar los oficios urbanos remunerados como respuesta a una situación de miseria que deban ser vistos desde una mirada lastimera. Solo se quieren mostrar como actos itinerantes con los que se construye lugar y que son inapreciables en la mirada distante del plan.

15 Desde la profundidad dada al término en el Pensamiento Estético Ambiental.

Bibliografía

- ACEBEDO RESTREPO, Luis Fernando (2004). "El urbanismo y su dimensión integral integradora. Manizales". En: *El Cable*, vol. 03, pp. 43-55.
- ÁLVAREZ, Juan Miguel (2010). "Tiros de gracia, breve historia de la limpieza social en Pereira". En: Revista *El Malpensante*, No. 112, septiembre 2010, Bogotá.
- ÁNGEL MAYA, Augusto (1995a). *La trama de la vida. Bases ecológicas del pensamiento ambiental*. Cuadernos Ambientales, No. 1. Santafé de Bogotá: Universidad Nacional y Ministerio de Educación Nacional.
- ÁNGEL MAYA, Augusto (1995b). *La fragilidad ambiental de la cultura*. Santafé de Bogotá: EUN Editorial Universidad Nacional. Instituto de Estudios Ambientales.
- ÁNGEL MAYA, Augusto (1996). *El reto de la vida*. Santafé de Bogotá: Ecofondo.
- ÁNGEL MAYA, Augusto (2003). *La diosa némesis: desarrollo sostenible o cambio cultural*. Cali: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente.
- BRAND, Peter Charles (2010). "Urbanismo social o seguridad democrática en las ciudades". En: *UN Periódico*, marzo 13 de 2010, Santafé de Bogotá.
- BRAND, Peter Charles (s.f.). *La sensibilidad ambiental en la condición postmoderna*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- BETTIN, Gianfranco (1982). *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- CASTELLS, Manuel (1974). *La cuestión urbana*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- DE CERTEAU, Michel (1996). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- DELGADO R., Manuel (1997). "La ciudad no es lo urbano. Hacia una antropología de lo inestable". En: *Sobre hábitat y cultura*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- DELGADO R., Manuel (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- DELGADO R., Manuel (2007). *Sociedades movedizas*. Barcelona: Anagrama.
- DEPARTAMENTO DE PLANEACIÓN MUNICIPAL. Planes de Desarrollo Urbano Manizales 1970, Período 1995-1997, 2003-2005, 2005-2007, 2008-2011.
- DEPARTAMENTO DE PLANEACIÓN MUNICIPAL. Plan de Desarrollo Manizales Período 2003-2005.
- DEPARTAMENTO DE PLANEACIÓN MUNICIPAL. Acuerdo No. 0617 del 22 de noviembre de 2005. Plan de Desarrollo Manizales Período 2005-2007.
- DEPARTAMENTO DE PLANEACIÓN MUNICIPAL. Acuerdo No. 68 del 11 de junio de 2008. Plan de Desarrollo Manizales. Período 2008-2011.
- ESCOBAR Arturo (1996). *La invención del Tercer Mundo*. Bogotá: Norma.
- FOUCAULT Michel (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- GÓNGORA Andrés y SUÁREZ, Carlos (2007). *Por una Bogotá sin mugre: violencia, vida y muerte en la cloaca urbana*. Simposio El Sangrado Corazón, violencia y subjetividad en Colombia, dentro del 12 Congreso de Antropología en Colombia, Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, 13 de octubre de 2007.
- GONZÁLEZ ORDOVÁS, María José (1998). "La cuestión urbana: algunas perspectivas críticas". En: *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), No. 101, julio-septiembre de 1998. Recuperada versión digital en agosto 20 de 2010. En: www.scribd.com.
- HORKHEIMER, Max (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- LEFEBVRE, Henri (1976). *Espacio y política*. Barcelona: Editorial Península.
- LEROI-GOURHAM R., André (1971). *El gesto y la palabra*. Felipe Carrera D. (trad.) Venezuela: Universidad Central, Ediciones de la Biblioteca.
- MERTON, Robert K. (2003). *Teorías y estructuras sociales*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.
- MESA, Carlos (2010). *Superficies de contacto. Adentro, en el espacio*. Medellín: Mesa Editores.
- NOGUERA, Patricia (2002). "Complejidad, rizoma, magma: tres elementos claves en la construcción de modelos de investigación ambiental rur-urbana agraria". En: Revista *Gestión y Ambiente*, vol. 5, No. 1, pp. 11-24. Medellín: Editorial Gobernación del Departamento de Risaralda. Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Ambientales, IDEA.
- NOGUERA, Patricia (2004). *El reencantamiento del mundo: ideas filosóficas para la construcción de un pensamiento ambiental contemporáneo*. México y Manizales: PNUMA/ORPALC serie pal 11. Universidad Nacional de Colombia Sede.
- NOGUERA, Patricia (inédito). *Cuerpo-tierra el enigma, el habitar, la vida... Emergencias de un pensamiento ambiental en clave del reencantamiento del mundo*. Manizales: Grupo de Pensamiento Ambiental. Universidad Nacional de Colombia.
- NOGUERA, Patricia (inédito). *Afecto tierra Disolución, Imaginación, Conspiración... Potencias del pensamiento Ambiental*. Manizales: Grupo de Pensamiento Ambiental. Universidad Nacional de Colombia.
- NORBERG-SCHULZ, Christian (1975). *Existencia, espacio y arquitectura*. Barcelona: Editorial Blume.
- ODUM E., P. (1995). *Ecología: peligra la vida*. México: Nueva Editorial Interamericana Mc Graw Hill.
- PARDO, José Luis (1991). *Sobre los espacios pintar, escribir, pensar*. Barcelona: Serbal.
- PARDO, José Luis (1996). *La intimidación*. Valencia: Editorial Pretextos.
- PERIÓDICO LA PATRIA. Archivos históricos de los años 1991, 2007, 2009 y 2011.
- PERIÓDICO LA PATRIA. Sección Judicial. Julio 16 de 1991.
- PERIÓDICO LA PATRIA. *Denuncia ciudadana por abusos de algunos uniformados*. Sección sucesos. Julio 29 de 2007.
- PIRENNE, Henri (1983). *Las ciudades de la Edad Media*. Madrid: Editorial Alianza.
- QUINCHÍA, Suly María y ARRIETA, Esneida Beatriz (2011). *Discurso oficial, representaciones sociales y prácticas espaciales: un acercamiento al urbanismo social en Medellín*. Medellín: Colegio Mayor de Antioquia. Grupo de investigación en Estudios sobre Desarrollo Local y Gestión Territorial.

ROJAS, Carlos Eduardo (2007). *Conflictos morales en Colombia y derechos humanos*. Manizales: Universidad de Caldas.

ROSTOW, Walter Whitman (1961). *Las etapas del crecimiento económico*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SILVA, Armando (2006). *Imaginario urbano*. Bogotá: Arango Editores.

XIBILLÉ M. Jaime (1998). "La semiosis espacial de la ciudad maquina". En: *Metrópolis: espacio, tiempo y cultura*, revista de la Facultad de Ciencia Humanas, Universidad Nacional, Medellín.

YORY, Carlos Mario (2006). *Ciudad, consumo y globalización*. Bogotá: Editorial Universidad Javeriana.

Páginas web

CALVINO, Ítalo (1972). *Las ciudades invisibles*. Recuperación completa de versión digital en junio 12 de 2011. En: <http://es.scribd.com/doc/6636181/Italo-Calvino-Las-Ciudades-Invisibles>

<http://www.lapatria.com>

MARCO POLO. *Los viajes de Marco Polo*. Recuperación completa versión digital en 5 de mayo de 2010. En: <http://es.scribd.com/doc/10068864/Marco-Polo-Viajes>

ORGANIZACIÓN PLANETA PAZ (2009). *Comuna San José en Manizales: los sueños de unos, son las pesadillas de otros*. Recuperado el 22 de julio de 2011 en: <http://www.planetapaz.org>.

PARSONS, Talcott (1951). *El sistema social*. Recuperado el 24 de julio de 2011 en: <http://investigacion.politicas.unam.mx/teoriasociologicaparatodos/pdf/Enfoque/Parsons%20-%20El%20sistema%20social.pdf>

ROBLEDO, Jorge Enrique (2009). *Intervención del senador Jorge Enrique Robledo en el debate sobre la Comuna San José de Manizales, Comisión Quinta, 1º de septiembre de 2009*. Recuperado el 25 de julio de 2011 en: <http://robledosomostodos.com/en-manizales-van-a-ser-desplazadas-miles-de-personas-para-beneficiar-a-unos-especuladores-inmobiliarios>.